

Yukio Mishima

# Después del banquete



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Utage no ato*  
Traductor: Guillermo Solana Alonso

Primera edición: 2009  
Tercera edición: 2017  
Segunda reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © The Heirs of Yukio Mishima, 1960. All rights reserved  
© de la traducción: Herederos de Guillermo Solana Alonso  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009, 2021  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-592-2  
Depósito legal: M. 40.124-2016  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9	1. El Setsugoan
17	2. El Club Kagen
29	3. La opinión de la señora Tamaki
37	4. Compañeros de ocio
48	5. Interpretación del amor por parte de Kazu
58	6. Antes de la partida
67	7. La ceremonia del Omizutori en Nara
81	8. La boda
95	9. La llamada «nueva vida»
108	10. Visitantes de nota
122	11. La auténtica «nueva vida»
147	12. Colisión
159	13. Un obstáculo en el sendero del amor
169	14. Y por fin, las elecciones
197	15. El día de las elecciones
210	16. Orquídeas, naranjas y una alcoba
223	17. Una tumba en las nubes del ocaso
242	18. Después del banquete
263	19. Antes del banquete



# 1. El Setsuguan

El Setsuguan –el Albergue tras la Nieve– se alzaba en las alturas de una parte escarpada del distrito de Koishikawa, en Tokio. Por fortuna, no había sufrido daño alguno durante la guerra; nada se había perdido en el espléndido jardín, un notable ejemplo del estilo Kobori Enshû, que ocupaba más de nueve mil trescientos metros cuadrados, ni en las edificaciones: una puerta central trasladada hasta allí desde un famoso templo de Kyoto, un pabellón de entrada y para visitantes, íntegramente trasladado de un antiguo templo de Nara, y un comedor de más reciente construcción.

En plena conmoción causada por la introducción después de la guerra del impuesto sobre el capital, el Setsuguan había pasado de las manos de su antiguo propietario, un industrial que también traficaba en té, a las de una mujer bella y vivaz. Bajo su dirección, el Setsuguan se convirtió rápidamente en un restaurante distinguido.

La propietaria del Setsugoan se llamaba Kazu Fukuzawa. Una vena de rústica sencillez en la figura rolliza y atrayente de Kazu, siempre rebosante de energía y de entusiasmo, impulsaba a quienes comparecían ante ella con motivos complejos a sentirse avergonzados de su complejidad. Quienes se advertían alicaídos, al ver a Kazu, o bien se animaban considerablemente, o se sentían por completo subyugados. Alguna extraña bendición de los cielos había unido en un cuerpo la resolución de un hombre con el entusiasmo audaz de una mujer. Esta combinación alzaba a Kazu hasta alturas a las que ningún hombre podía llegar.

Kazu irradiaba su talante abierto y cordial y su disposición absolutamente tenaz había asumido una forma tan sencilla como bella. Incluso en su niñez había preferido amar a ser amada. Su aire de inocente simpleza ocultaba una considerable determinación para imponerse, y las acciones solapadas de los seres insignificantes que la rodeaban sólo servían para alentar a su carácter, infinitamente espontáneo y directo.

Durante muchos años Kazu había disfrutado de la compañía de algunos amigos con los que jamás tuvo relaciones románticas. Genki Nagayama, un político que actuaba entre los bastidores del Partido Conservador, era un amigo relativamente reciente, pero quería a Kazu, veinte años más joven que él, como hubiera podido querer a una hermana menor. «No se encuentran muchas mujeres como ésa», solía decir. «Uno de estos días hará algo sensacional. Para Kazu no significaría demasiado ponerse al Japón por montera. Cualquier hombre con su capacidad sería un auténtico hijo del destino; pero lo

más que se puede decir de Kazu, puesto que de una mujer se trata, es que está llena de dotes naturales. Cuando llegue el día en que un hombre consiga enamorarla de verdad, realmente explotará.»

Los comentarios de Nagayama no molestaron a Kazu cuando le fueron revelados, pero poco días más tarde, sentada junto a él, le dijo:

–Nunca conseguirás enamorarme, Genki. No respondo de mí cuando se me acerca un hombre muy seguro de sí. Eres muy hábil cuando se trata de juzgar a la gente, pero no destacas por tu persuasión.

–Nunca traté de persuadirte. ¡Si algún día se me ocurriera cortejarte, ése sería mi final!

Parecía malicioso el tono de la voz del viejo político.

El mantenimiento del jardín del Setsugoan era todo lo que su popularidad exigía. El corazón del jardín, sobre todo en las fiestas a la luz de la luna, era un estanque que se hallaba precisamente al sur de lo que había sido pabellón de los visitantes en un templo de Nara. El jardín estaba rodeado de árboles de una edad y tamaño hoy rara vez encontrados en Tokio, y cada pino, cada castaño, cada almez y cada roble, se alzaban majestuosamente hacia un cielo azul no alterado por la fachada de cualquier construcción moderna e incongruente. Desde hacía años, dos milanos solían hacer su nido en la copa de uno de los árboles, un pino extraordinariamente alto. En cada determinada época del año visitaban este jardín distintas variedades de aves, pero no podían compararse en número y barahúnda con las de la temporada migratoria, que descendían del cielo para picotear los frutos de los bambúes sagrados o los insectos del amplio césped.

Cada mañana Kazu daba un paseo por el jardín. Nunca dejaba de proporcionar instrucciones de un género u otro al jardinero. En ocasiones, sus sugerencias resultaban apropiadas, pero a menudo erraba. En cualquier caso, aquellas instrucciones se habían convertido en parte de la rutina diaria de Kazu y de su buen humor. En consecuencia, el jardinero principal, aunque experto en su oficio, jamás se atrevía a contradecirla.

Aquel paseo constituía para Kazu la cima de su complacencia en su soltería y la ocasión de ensoñaciones sin freno. Pasaba casi todo el día charlando con sus clientes o cantando para ellos; jamás estaba sola. Pero la distracción de sus clientes, por mucho que se hubiera trocado en parte familiar de su vida, nunca dejaba de fatigarle. El paseo matinal de Kazu era en realidad prueba de la serenidad de un corazón que probablemente jamás tornaría a enamorarse.

El amor ya no perturbaba su vida íntima... Esta certidumbre arrobó a Kazu, aunque estuviese contemplando cómo penetraba majestuosamente la luz del sol a través de la neblina que envolvía los árboles hasta hacer brillar mágicamente el verde musgo del sendero que se extendía ante ella. Había transcurrido mucho tiempo desde que Kazu y el amor se separaron. Su último amorío era ya un lejano recuerdo y se hallaba hondamente convencida de que estaba a salvo de cualquier sentimiento peligroso.

Aquel paseo matutino era el poema de la seguridad de Kazu. Ya había cumplido los cincuenta, pero viendo a esta mujer cuidadosamente arreglada, cuya tez y cuyos ojos brillantes conservaban todo su encanto mientras va-

gaba por el amplio jardín, nadie hubiera podido sustraerse a la impresión que creaba ni rehuir románticas conjeturas. Pero, como la propia Kazu comprendía mejor que nadie, sus historias románticas eran algo del pasado y su poema estaba muerto. Naturalmente, Kazu percibía la fuerza latente en su seno, mas al mismo tiempo era muy consciente de que esa fuerza había sido doblegada y refrenada y que jamás se libraría de sus grilletes.

Este enorme jardín, la casa, los depósitos en el banco, los títulos negociables, los clientes poderosos y generosos del mundo de las finanzas constituían garantías adecuadas para la vejez de Kazu. Habiendo logrado esta seguridad, ya no le importaba que existiesen personas a quienes no agradara o que murmurasen a sus espaldas. Sus raíces habían cobrado fuerza en la sociedad que ella eligió, y podía imaginar que el resto de su vida transcurriría cómodamente, respetada por todos, consagrada a refinados empeños, gastando liberalmente en viajes y en atenciones sociales y, llegado el caso, instruyendo a un sucesor adecuado.

A veces, cuando llenaban su mente tales pensamientos, hacía una pausa en su paseo. Se sentaba entonces en el banco del jardín y dejaba que su mirada vagase allá lejos, a lo largo del sendero cubierto de musgo, para observar penetrantemente los rayos del sol matinal que se vertían sobre el camino e iluminaban los delicados movimientos de los pájaros. Aquí no podía alcanzarla el eco del estrépito de los tranvías o del estruendo de las bocinas. El mundo se había trocado en una imagen inmóvil. ¿Cómo era posible que emociones que antaño fulgura-

ron tan intensamente se hubieran extinguido sin dejar rastro? Las razones se le escapaban a Kazu. Se sentía perpleja cuando trataba de comprender a dónde podrían haber ido las sensaciones que sin duda alguna atravesaron en un tiempo su cuerpo. Le resultaba falsa la creencia convencional según la cual las gentes llegan a la madurez cuando acumulan experiencias de todo género. Pensaba que era más probable que los seres humanos no fuesen más que oscuras acequias por donde fluían los más variados objetos o el empedrado de una encrucijada en donde quedaban las huellas de los diversos vehículos que por allí pasaron. Acequias arruinadas y empedrados desgastados. Pero una vez fueron encrucijada en un día de fiesta.

Habían transcurrido años desde que Kazu supo lo que significaba la oscuridad. Todo le parecía poseer ahora claros contornos y una luminosa transparencia, como su visión de este jardín en esta mañana soleada; en el mundo no subsistía un solo punto de ambigüedad. Sentía ahora como si ante sus ojos fuesen diáfanas las mentes de los demás. Ya no existían tantas cosas de las que pudiera sorprenderse. Cuando oía que un hombre había traicionado a su amigo por dinero, le parecía verosímil; cuando se enteraba de que otro hombre había fracasado en los negocios por culpa de su apasionamiento por una mujer, también esto se le antojaba verosímil. Pero de cualquier modo estaba segura de algo: aquellos desastres jamás la abrumarían.

Cuando algunos solicitaban el consejo de Kazu en sus amores, sus sugerencias eran siempre certeras y oportunas. Para ella la psicología humana se hallaba dividida en

veinte o treinta compartimentos claramente delimitados, y por difícil que el problema fuese, podía proporcionar una respuesta a cualquier interrogante, combinando simplemente los distintos elementos implicados. No existía en la vida humana nada que fuera más complejo. El consejo de Kazu se hallaba basado en cierto número de preceptos y en el hecho de estar en disposición de brindar una orientación precisa en su calidad de campeón retirado. En consecuencia (y muy naturalmente), desdeñaba la idea de «progreso». ¿Podía ser cualquiera, por moderno que se creyera, una excepción a las reglas de la pasión que habían existido desde la remota antigüedad?

—Los jóvenes de ahora —observaba Kazu a menudo— hacen exactamente lo que siempre hicieron los jóvenes. Sólo la indumentaria difiere. Los jóvenes creen estúpidamente que lo que es nuevo para ellos debe serlo también para cualquier otro. Por mucho que abominen de los convencionalismos, están simplemente repitiendo lo que otros hicieron antes. La única diferencia es que la sociedad ya no se asombra tanto como antes de sus extravagancias y que para llamar la atención los jóvenes han de incurrir en exageraciones cada vez mayores.

No había nada de nuevo ni de sorprendente en esta declaración, pero en labios de Kazu poseía autoridad.

Kazu, todavía sentada en el banco, extrajo un cigarrillo de la manga y fumó serenamente. El humo se retorció en la luz de la mañana y permaneció en el aire quieto, claro y pesado como seda. Este momento poseía un sabor que con seguridad jamás conocería una mujer con familia; aportaba el gusto de la seguridad de poder proporcio-

narse una cómoda vida. Kazu disfrutaba de una salud tan espléndida que, por mucho que hubiese bebido la noche anterior, era incapaz de recordar una sola vez en que hubiera dejado de disfrutar de este cigarrillo matinal.

Kazu no podía verlo todo desde donde estaba sentada, pero en su mente se hallaba firmemente grabada la totalidad del paisaje del jardín; conocía hasta el último detalle tan bien como conocía la palma de su mano. El alto acebo verde oscuro que constituía el centro del jardín, sus manojos de hojitas lustrosas y crespas, las enredaderas silvestres en torno de los árboles en la eminencia posterior..., la vista desde el recibidor del edificio principal, una amplia extensión de césped con una discreta linterna de piedra, la isleta del estanque con su antigua pagoda y una espesa mata de bambúes: nada crecía en el jardín por accidente, ni el más diminuto matorral, ni la flor menos conspicua. Mientras fumaba su cigarrillo, Kazu sintió como si la exquisita perfección del jardín hubiera envuelto por completo todos sus recuerdos. Kazu observaba a la gente y a la sociedad como ahora observaba este jardín. Y eso no era todo. Lo poseía.

## 2. El Club Kagen

De un cierto miembro del Gobierno, Kazu recibió aviso de que al Club Kagen le agradaría celebrar su reunión anual en su establecimiento. El Club Kagen era una especie de asociación integrada por ex embajadores, aproximadamente de la misma edad, y que se reunía cada siete de noviembre. Hasta entonces no habían tenido suerte con los lugares en donde se habían congregado, y el miembro del Gobierno, apiadado de ellos, se lo advirtió a Kazu.

—Forman un grupo de elegantes caballeros, ya jubilados —añadió—. Todos, menos uno, que nunca se retiró por completo. Estoy seguro de que ha oído hablar de él; el viejo Noguchi, el famoso Noguchi que perteneció a tantos Gobiernos de antes de la guerra. No sé qué le pasó, pero hace un par de años consiguió un escaño en la Dieta por el grupo radical, pero fue derrotado en las siguientes elecciones.

Kazu se enteró de los planes del club en una fiesta al aire libre que había organizado el ministro. Estaba en-

tonces demasiado atareada para seguir escuchando. Aquel día el jardín se hallaba invadido por una muchedumbre de hombres y mujeres extranjeros. Era como si una bandada de aves grandes y de colores vivos –y no el enjambre habitual de pajarillos gorjeantes– hubiese descendido sobre el Setsugoan.

Cuando se aproximó el siete de noviembre, Kazu empezó a hacer planes. Con tales clientes lo más importante era manifestarles su respeto. Las bromas sencillas y el trato familiar que probablemente agradarían a unos individuos en la cima de su poder podían herir el orgullo de unos hombres que antaño fueron famosos pero que ya vivían retirados. Su misión de anfitriona con aquellos ancianos personajes debería limitarse enteramente a escucharles. Más tarde les halagaría con palabras amables y les daría la ilusión de que en aquella compañía había florecido de nuevo su antigua gloria.

Aquella noche, el menú de Setsugoan fue el siguiente:

SOPA

*Miso blanco con champiñones  
y cuajada de semillas de sésamo.*

PESCADO CRUDO

*Rodajitas finas de calamar en salsa  
aliñadas con perejil y limón.*

GUISADO

*Raño en caldo de almejas rojas, pimientos dulces y  
limón.*

ENTREMESES

*Zorzales asados en salsa china, bogavante, vieiras,  
nabos en adobo, cogollos de regaliz.*

ENTRADA

*Pato y cogollos de bambú cocidos con pasta de arrurruz.*

PESCADO ASADO

*Dos carpas pequeñas con lubina asadas en sal con  
limón.*

VERDURAS

*Pudin de castañas con cogollos de helechos  
y ciruelas en adobo.*

Para esta ocasión Kazu vistió un kimono violeta y gris, de pequeños dibujos, con un obi teñido en púrpura oscuro de una sola banda de crisantemos formando rombos. El broche de cornalina del obi lucía una gran perla negra. Había optado por aquellas galas, pensando que sujetarían su amplio cuerpo al tiempo que le proporcionaban una mayor dignidad.

El día de la reunión era cálido y despejado. Poco después de que anoheciera, el ex ministro de Asuntos Exteriores, Yuken Noguchi, y el antiguo embajador en Alemania, Hisatomo Tamaki, llegaron juntos al Setsugoan. Junto a la robusta constitución de Tamaki, Noguchi parecía delgado y poco atrayente, pero bajo su pelo plateado, sus ojos eran límpidos y vivos; cuando relampaguearon, Kazu comprendió por qué aquel inconfundible idealista era el único de los reunidos, todos ex embajadores, que no se había retirado.

La fiesta era animada y sociable, pero los temas de conversación se ceñían al pasado. El más charlatán, con mucho, parecía Tamaki.

La cena tuvo lugar en la sala principal del pabellón de visitantes. Tamaki, cuando comía, se apoyaba en una co-

lumna entre la ventana acampanada de negra laca y las puertas correderas espléndidamente decoradas. Las pinturas de las puertas representaban en brillantes colores un par de pavos reales entre blancas peonías. En contraste, el fondo era un paisaje monocromo, una curiosa mezcla de estilos al gusto de la aristocracia provinciana.

Tamaki llevaba en un chaleco de su traje de hechura londinense un antiguo reloj de cadena de oro, regalado por el káiser Guillermo II a su padre, quien también había sido embajador en Alemania. Aquel reloj había conferido a Tamaki prestigio incluso en la Alemania de Hitler.

Tamaki era un hombre apuesto y un gran conversador, un diplomático de inclinaciones aristocráticas que antaño se jactaba de su conocimiento de las ásperas realidades de la vida. Sus intereses actuales, empero, superaban por completo la escena contemporánea. Su mente se hallaba enteramente ocupada en los recuerdos del brillo de las arañas de recepciones de tiempos lejanos, en las que se habían congregado quinientos o mil invitados.

—Pues aquí tengo una rara historia que me provoca estremecimientos en la espina dorsal cada vez que la recuerdo. Ésta es verdaderamente interesante.

La autocomplacencia de aquella introducción de Tamaki habría enfriado incluso el entusiasmo del oyente mejor dispuesto.

—Durante todo el tiempo que llevaba de embajador, jamás había ido en el metro de Berlín; así que un día el consejero de la embajada —se llamaba Matsuyama— me llevó a que lo conociera. Subimos en la cola de un tren de dos vagones; no, probablemente eran tres. Iba bas-

tante lleno cuando entramos. Levanto la vista y ¿a quién veo ante mí? ¡Pues a Goering!

En este punto, Tamaki hizo una pausa para observar la reacción de sus oyentes, pero, aparentemente, todo el mundo había oído la historia una docena de veces y no provocó réplica alguna. Kazu irrumpió en la brecha armoniosamente.

–Pero entonces ya era un hombre muy famoso. ¿No es cierto? ¿Quiere usted decir que iba en el metro?

–Desde luego, se trataba de él, de Goering, que ya por entonces era amo del cotarro. Vestía ropas raídas de obrero y ceñía con su brazo la cintura de una muchacha que no habría cumplido veinte años, una verdadera belleza. Parecía muy seguro de sí mismo. Me froté los ojos preguntándome si no me habría equivocado, pero cuanto más le miraba, más seguro estaba de que se trataba de Goering. Al fin y al cabo, yo podía saberlo. Le veía en recepciones casi todos los días. Me tambaleé, lo confieso, pero él ni siquiera pestañeó. La chica. Supongo que la chica sería una prostituta, pero, por desgracia, ése es un asunto en el que no soy muy ducho.

–Pues nadie lo diría –repuso Kazu, a modo de cumplido.

–Era una chica verdaderamente atractiva, pero había algo sospechosamente zafio en su maquillaje, en la pintura de sus labios sobre todo. Goering, desenfadado como no pueden imaginar en su disfraz de obrero, jugueteaba con el lóbulo de una oreja de la muchacha y pasaba una mano por su espalda.

»Miré a Matsuyama, que seguía a mi lado. Sus ojos parecían salirse de las órbitas. Goering y la chica se baja-

ron dos estaciones más allá. Matsuyama y yo continuamos en el tren, completamente aturdidos. Durante el resto del día no pude quitarme de la cabeza la imagen de Goering en el metro. A la noche siguiente Goering celebró una recepción. Matsuyama y yo nos colocamos cerca de él y le examinamos atentamente. No había duda al respecto. Parecía exactamente el mismo hombre que habíamos visto el día anterior.

»Fui incapaz de dominar por más tiempo mi curiosidad. Me olvidé de mi posición como embajador y antes de que me diera cuenta estaba diciéndole: “Ayer fuimos en el metro. Queríamos observar cómo viven las gentes corrientes. Realmente pienso que la experiencia mereció la pena. ¿Ha hecho lo mismo Su Excelencia?”

»Al oírme, Goering sonrió, pero su respuesta fue solemne: “Siempre estamos con el pueblo y somos parte del pueblo. Por eso jamás consideré necesario viajar en el metro”.

Tamaki dio la respuesta de Goering en un conciso alemán, añadiendo inmediatamente la traducción al japonés.

Pese a su solemne apariencia, nada había de diplomático en aquellos antiguos embajadores; no se esforzaban lo más mínimo en pretender que escuchaban lo que cualquiera dijera. El ex embajador en España, apenas capaz de aguardar a que Tamaki concluyera su relato, empezó a hablar de su vida de cuando era ministro en la República Dominicana, en la bella capital de Santo Domingo. El paseo junto al mar bajo las palmeras, los maravillosos atardeceres del Caribe, las pieles oscuras de las muchachas mulatas que brillaban en el ocaso... El anciano

no se mostraba completamente arrobado por su concienzuda descripción de aquellas imágenes, pero el elocuente embajador Tamaki recobró el uso de la palabra y desvió la conversación para hablar de la ocasión en que conoció a Marlene Dietrich cuando aún era joven. Porque para Tamaki los relatos sobre bellas desconocidas carecían de interés; un nombre mundialmente famoso, una reputación resplandeciente constituían un ornato necesario en cada historia.

Kazu se sentía incómoda con todas aquellas diferentes palabras extranjeras que salpicaban la conversación y le molestaba especialmente que las frases clave de los chistes verdes fuesen invariablemente expresadas en la lengua original. Al mismo tiempo, los hombres del mundo de la diplomacia rara vez visitaban su restaurante y le intrigaba la atmósfera especial que les envolvía. Indudablemente, todos eran «elegantes caballeros, ya jubilados», e incluso si ahora vivían pobres, en el pasado sus dedos habían conocido el tacto del auténtico lujo. Por desgracia, el recuerdo de aquellos días había manchado para siempre sus dedos con un polvo dorado.

Sólo Yuken Noguchi parecía distinto y destacaba entre los demás. Su rostro viril poseía una sincera aspereza que nunca perdería y, a diferencia de los otros, su indumentaria se hallaba profundamente desprovista de afectación o de dandismo. Unas cejas espesas y sorprendentemente largas sobresalían sobre sus ojos penetrantes y límpidos. Considerados aisladamente, sus rasgos resultaban impresionantes, pero chocaban entre sí, y su esbelta constitución acentuaba la desarmonía.

Noguchi no se olvidaba de sonreír en los momentos apropiados, pero rara vez participaba en la conversación, indicio de que se hallaba constantemente en guardia. Kazu no dejó de advertir tales rasgos distintivos, pero lo que llamó especialmente su atención en este primer encuentro fue el tenue tizón que se aferraba como una sombra a la parte posterior del cuello de Noguchi.

«¡Cualquiera lo diría, un ex ministro del Gobierno con una camisa como ésta! ¿Pero es que no tiene nadie que le cuide?» Aquel pensamiento aguijoneó a Kazu, y, disimuladamente, observó las gargantas de los demás asistentes. Los cuellos que implacablemente oprimían las reseca pieles de esos elegantes y ancianos caballeros mostraban una blancura resplandeciente.

Noguchi fue el único que no habló del pasado. También él había sido embajador en varios pequeños países antes de regresar al Ministerio de Asuntos Exteriores, pero la fastuosa vida de los diplomáticos se hallaba al margen de sus intereses actuales. Su oposición a hablar del pasado parecía un signo de que él era el único que aún seguía con vida.

El embajador Tamaki empezó de nuevo, esta vez con el relato de una remota cena, una deslumbrante recepción en un palacio en donde se habían congregado bajo las brillantes arañas la realeza y la nobleza de toda Europa. Allí resplandecían también las condecoraciones y las joyas de toda Europa, y las mejillas de las ancianas aristócratas, arrugadas y moteadas como blancas rosas marchitas, palidecían bajo los reflejos de las innumerables gemas.

Después siguieron historias sobre cantantes de ópera de los viejos tiempos. Un embajador proclamó la supremacía del Aria de la Locura de la Galli-Curci en *Lucia*; otro afirmó que para entonces la Galli-Curci había pasado su mejor momento y declaró que la *Lucia* de Dal Monte que él había escuchado era muy superior.

Noguchi, que apenas había dicho una palabra, habló por fin:

—¿Por qué no dejamos toda esta charla acerca de los viejos tiempos? Al fin y al cabo, aún somos jóvenes.

Noguchi sonreía mientras hablaba, pero la embravecida fuerza de su tono hizo enmudecer a los demás.

Kazu se sintió cautivada por aquella única observación. En tales casos es función de la anfitriona aliviar el silencio, formulando alguna que otra observación banal, pero el comentario de Noguchi dio en el blanco con tanta exactitud y expresó tan perfectamente lo que a ella misma le hubiera gustado decir que olvidó sus obligaciones. Y pensó: «Este caballero es capaz de decir bellamente las cosas que en realidad son difíciles de decir».

El comentario de Noguchi fue todo lo que resultaba necesario para que la chispa se extinguiera instantáneamente en la fiesta; nada quedó, más que las negras y húmedas cenizas humeantes, después de que el agua hubiera sido vertida sobre el fuego. Un anciano caballero tosió. Su fatigoso jadeo tras la tos atravesó el silencio de los demás. Por un instante, como era evidente en sus rostros, todos pensaron en el futuro, en la muerte.

Justo entonces barrió el jardín una oleada de la brillante luz de la luna. Kazu llamó la atención de sus clientes sobre lo tarde que había salido. El licor había causado ya